COMEDIA NUEVA.

LA BELLA GUAYANESA.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Camur, padre de Delmira, esposa de Zadir. }
Nardir. } *Indios.*
Schichirat. }

Don Alonso de Sousa. }
Don Dionisio Ximenez esposo de Doña Blanca, hermana de D. Alonso. }
Antonino. } *Portugueses.*
Rosa. }
Comparsa de Indios y Portugueses.

ACTO PRIMERO.

Boſque eſpacioſo enmarañado, y con colina. Camur ſentado ſobre una peña, y Zadir paſeandoſe, ambos en accion de dolor, y con cadenas en los pies.

Cam. QUè es eſto, Zadir? Suſpiras?
Eſa es clara conſequencia
de lo mucho que te agrava
el peſo de las cadenas:
mirame ya quaſi yerto
ſufrir con indiferencia
los ultrages del deſtino.
Eſclavos ſomos; la fuerza
y el rigor han conſeguido
humillar nueſtra ſoberbia;
pero mi corazon fuerte
toda ſu altivez conſerva.
Imitame: y no eſos viles
conquiſtadores adviertan
tu temor, antes admiren
nueſtra conſtancia, y comprendan
que en los que llaman ſalvages,
hai tan noble reſiſtencia
que ſaben de la fortuna
contraſtar las inclemencias.
Zad. No me horroriza la muerte,
no ſon, Camur, las cadenas
las que cauſan mi tormento,
lloro el ver mi patria opreſa,
eſclavos à mis amigos,
y à mi idolatrada prenda
Delmira, expueſta al arbitrio
del vencedor: ¡oh què pena,
y que anguſtias ſentirá
entre eſtos yerros ſugeta!
Ah! que el amor y los zelos
duplican mi pena acerba.
Cam. Zadir Delmira es mi hija,
te guardará fé, no temas,
pues quando los Portugueſes
la arrancaron con violencia

de mis brazos, descubrí
en su rostro la nobleza
de su corazon; que hablando
con muy perceptibles señas
por sus ojos, me afirmó
su valor y fortaleza.

Zad. ¿Crees tu, que una muger
menos constante y experta
que nosotros, se resista
à la batalla sangrienta
de la lisonja? ¿No temes
q̃ en su hermosura se enciendan
los pechos de los contrarios?
¿Cómo, amigo, no recelas
que ofreciendola otros dones
que de nosotros no espera,
por conservar una fé
se haga sorda à sus promesas?
Ay Camur, los Europeos
en la perfidia se adiestran
de envenenar con los labios
el pecho de las doncellas.

Cam. Ah! si mi hija:: tus voces
me estremecen; pero piensa
que por no verme morir
dexará romper sus venas.

Zad. Naradir viene.

Cam. Veamos *Levantandose.*
si nos trahe prosperas nuevas,
y cambia nuestra fortuna.

Zad. La fortuna, amigo, es ciega.

Sale Nar. Amigos, vengo à traheros
nuevas gustosas; la adversa
suerte mudó de semblante:
mirád mis pies sin cadenas.
Los sobervios Portugueses
se ablandaron: ya resuena
la paz por la playa y bosques.

Cam. Gracias à la providencia
del Cielo.

Zad. ¿Viste à Delmira?

Nar. Ella las paces fomenta:
con su gracia y hermosura
logró calmar la fiereza
del enemigo: los Cielos
por nuestro bien la conservan.

Zad. Ah! Camur, que bien temia!
Mira si ingrata atropella
los vinculos del amor
las leyes de la obediencia.

Cam. Què dices, Naradir? Pudo
Delmira dar franca puerta
en su pecho à un deshonesto
amor? Di, no te detengas.

Nar. Yo no sabré responderte;
solo te dirè que es cierta
la inclinacion que à tu hija
unanimes la profesan
nuestros dos conquistadores.
Su nunca vista belleza
hirió el corazon de entrambos.
No ha mucho que à mi presencia
muy por menor la explicaron
con indecible terneza
los estilos y costumbres
de su patria en nuestra lengua;
pues conquistado el Brasil
tiempo hace por la fiereza
de los Portugueses, hablan
con particular destreza
nuestro idioma, qual nosotros
que en el centro de la selva
de la Guayana nacimos.
Decian pues, que veneran
en extremo à sus mugeres,
que las aman:: las respetan::
y tal vez las obedecen.
En fin, tan opuestos piensan
à nuestra antigua costumbre
que culpan nuestra rudeza,
porque solo las amamos
en quanto la providencia
las formó para extender
la humana naturaleza;

de-

deteſtando de que hagamos
quando el hambre nos moleſta
manjar de ſu propia carne,
por lo que nos improperan
con nombres de antropofagos
y ſalvages; ſiendo inmenſa
la eſtimacion que conſiguen
en ſu aprecio las bellezas.
Cam. Aunque pereciera de hambre,
no fuera mi dulce prenda
Delmira alimento mio.
Zad. No ſe crió en eſtas ſelvas
ſu hermoſura pára ſer
paſto nueſtro; ſus perfectas
qualidades la hacen digna
de ſer venerada.
Nar. De eſas
qualidades que tu aplaudes
conocida la excelencia
por los Europeos, logra
honores y preheminencias.
Zad. No quiera el Sol que eſos fieros
que tan ſolamente anhelan
nueſtros teſoros, conſigan
triunfar de Delmira bella.
Abran de nueſtro terreno
las fecundiſimas venas,
ſus minas todas expolien,
las inſipidas riquezas
luego à ſus reynos conduzcan
eſas almas que ſe emplean
en la impiedad y rapiña,
pero à mi adorada prenda
no crueles me la arranquen
de mi viſta, ſino intentan
que mis zelos la devoren
à trueque de no perderla.
Cam. El corazon de mi hija
es conſtante; me reſpeta,
mantendrá entre los contrarios
ſin ultrage ſu pureza.
Pero quièn viene?
Zad. El malvado
que nueſtros males fomenta.
Sale Don Alonſo con ſequito de Portugueſes.
Alonſ. La paz reſuene, Soldados,
en toda eſta inculta tierra;
no mas rigor, Portugueſes,
romped luego las cadenas
de eſos miſeros, y todos *quitanſelas.*
deſde oy miſmo à gozar vuelvan
de ſu antigua libertad,
y en tranquila paz ſincera
formemos una alianza
que el tiempo no la diſuelva.
Cam. De eſa amiſtad que propones
ſolo te pido una prueba:
dame à mi hija.
Zad. No tardes
en darme la vida en ella.
Alonſ. ¿A quien pedis?
Cam. A Delmira,
que es mi ſangre.
Zad. Y me venera
por ſu dueño.
Alonſ. ¿Què es tu eſpoſa?
Zad. Si es eſpoſa? Es eſtrangera
eſta voz para noſotros.
Si en nueſtro pecho ſe hoſpeda
el amor, con declararle
logra el alma lo que anhela,
pues luego que el hombre dice:
mia es aqueſa donzella:
(en quienes cabello y ojos
logran nueſtra preferencia)
empieza ſu poſeſion,
y es vana la reſiſtencia
en la muger; pues naciendo
à eſtar al hombre ſugeta,
debe ſer ſu voluntad
del primero que la aprecia.
Y en caſo de que haya alguno
que ſe oponga à ſus ideas

la muerte es la que decide
la amorosa competencia.
Alons. Ley cruel que tiraniza
asi à la naturaleza
haciendo esclavas del hombre
las infelices doncellas!
¿A esa que tanto idolatras
has debido la fineza
de los conjugales lazos?
Zad. No, que mi fortuna adversa
y propensa à vuestras armas
la separó con violencia
de mi, quando yo esperaba
ver mi ventura completa.
Alons. Feliz Delmira, pues miro
que inocente se conserva!
Su alma es digna de otro premio,
libre nació, libre es fuerza
que quede su corazon
para elegir el que deba
ser dueño del amor suyo,
y si à aconsejarse llega
con la luz de la razon,
despreciando ley tan fiera
no se entregará à un salvage.
Cam. Tambien será por mi muerta
antes que entregue sus manos
à hombre de ley estrangera.
Zad Y quando à rendirse llegue
à lisonjas ò promesas,
vengarè yo mis agravios
aunque al vengarlos perezca.
Alons. Esas vanas amenazas,
Joven necio, te hacen feas
ingrato à mis beneficios.
Yo castigarte pudiera,
pero te libro y perdono:
un Gobernador respeta
en mi, que quiere enseñarte
la virtud que en ti no reyna.
Tu serena tu semblante, *à Camur.*
pues por tu hija te acercas
à mejor suerte; y tu puedes *à Zad.*
reflexionar, porque cedas
en tu amor, que no es Delmira
para quien nació entre selvas.
Id pues à vuestros destinos. *à los 2.*
Retiraos à las tiendas *à los sold. van.*
Cam. Tu, que la tierra y el Cielo
alumbras, deidad suprema,
Sol bello, da à mi Delmira *ap.*
la precisa fortaleza. *vase.*
Zad. Conozco el arte malvado
de sus iniquas ideas,
y la libertad le admito
paraque mi mano pueda
tomar la justa venganza
proporcionada à mi ofensa. *ap. y va.*
Alons. Conque son padre y amante
estos dos, segun demuestran
de Delmira?
Nar. Si, Señor,
su padre es Camur, y es cierta
la inclinacion que Zadir
à Delmira manifiesta.
Alons. ¿Tu quien eres?
Nar. Naradir.
Alons. ¿Y en estas sombrias selvas
en que os ocupais?
Nar. Aqui
ninguno se diferencia
del otro en grado; seguimos
la ley de naturaleza.
La caza es nuestro exercicio;
y de las rendidas fieras
ensangrentada la carne
al cazador alimenta,
con cuya piel resistimos
del invierno la inclemencia.
Frutos y plantas à todos
son comunes, y la tierra
que es fecunda en sus semillas,
prodiga se manifiesta
con nosotros todo el año.
Nues-

Nuestra sed halla en las peñas
en humores criſtalinos
raudales que la recrean;
y entre noſotros conſigue
ſolo mayor preferencia
el que en mas varonil prole
da vigor à nueſtras fuerzas.

Alonſ. ¿Y en las paſiones humanas
quien, Naradir, os gobierna?

Nar. Cada uno es juez de ſi propio,
y ſegun la luz que alverga
en ſu corazon, ſe rige
en ſus acciones y empreſas.
Al Sol por Dios adoramos,
porque alumbra y hermoſea
el Orbe, y porque ſus rayos
fertilizan nueſtras tierras.
Pero acá dentro del alma
conocemos bien que es fuerza
haya deidad ſuperior
de quien eſe Sol proceda.

Alonſ. Si, amigo, el luciente ſol,
los frutos, el mar, la tierra,
las fieras, las plantas, flores,
el firmamento y eſtrellas
de otro principio proceden.
La luz de naturaleza
ſolo ha reynado en voſotros
haſta ahora. El autor de ella
ſublime conocereis
en adelante; perfecta
obra de ſus manos es
el ſol, pero la mas bella
ſomos noſotros; y el rayo
de razon que en todos reyna
eſte numen inmortal
interiormente nos mueſtra.
Pero de eſto hablar no debo;
ve, Naradir, à mi tienda,
que alli hallarás quien te inſtruya
en eſta ſublime ciencia.

Nar. Un ignorado principio
que en mi corazon ſe encierra
ver me hacia un ſer ſupremo
por quien todo ſe gobierna.
Me parecia vivir
oprimido en las cadenas
de la ignorancia; y al paſo
que en otros causó una fiera
conmocion vueſtra venida,
yo ſentí en mi alma una interna
no acoſtumbrada alegria
que calmar hizo mis penas,
y ya ſalir me prometo
deſde las triſtes tinieblas
à la hermoſa luz del dia
que aſpiro con anſia à verla. *vaſe.*

Alonſ. Con que zelo paternal
atraher el Cielo intenta
à eſtos idiotas. ¡Oh quanta
es, Dios juſto, tu clemencia!
Pero aquella que las gracias
todas en ſu roſtro encierra
viene hácia aqui; y el veſtido
que por la deſnudez trueca
la joven gracioſa, ayuda
à acrecentar ſu belleza.

Sale Delmira veſtida de gala.

Del. De mi reſpeto, Señor,
ved aqui la primer prueba,
pues vengo por complaceros
al uſo de vueſtra tierra
veſtida; las pieles rudas
por eſta que llamais ſeda
guſtoſa troqué; noſotras
tambien en aqueſtas ſelvas
la pompa apreciamos: luego
que la hermoſa primavera
brota la flor mas temprana,
al pecho de las donzellas
ſe traslada por adorno.
Quando alguna blanca fiera
mata el cazador, noſotras
à porfia, y con preſteza

ſu

su hermosa piel repartimos,
qual su garganta hermosea,
qual al pecho se la ciñe,
qual por brazos y muñecas
aspiran unas asi
agradar à quien aprecian,
y otras por solo lisonja
de su brio y gentileza.
Cada qual de las mugeres
parecer mas bien desea,
y con el arte procura
suplir la naturaleza.

Alonf. Hasta ahora ignoraste el modo
de que brille y resplandezca
tu beldad, que con las galas
en extremo se acrecienta.
Prodigio fuè que entre montes
formase la providencia
un rostro tan peregrino,
una hermosura tan nueva.
De estar ignorada en ellos
el daño que sufres cesa;
y ahora tendrán tus virtudes
la debida recompensa.

Del. La virtud que aqui apreciamos
es la sencillez; en esta
nuestro merito consiste.
Se aborrece y se detesta
à la que sabe fingir:
nada al amante desvela
si oyó el *si* de su querida,
porque ya sabe que es cierta
y firme su inclinacion,
pues no pronuncia la lengua
lo que el corazon no siente.
Al contrario, si resuelta
le dice que *no*, no tiene
que esperar el convencerla,
pues aunque por ley injusta
logre sus brazos, tibiezas
encontrará por cariños,
iras, en vez de ternezas:
mas tambien entre vosotros
hai algun cruel que intenta
sugetando mi alvedrio,
violentarme à que le quiera;
de su piedad hace alarde,
el precio de su fineza
pretende, y me llama ingrata.
¿El no tenerme sugeta
entre prisiones acaso
es un don de tanta fuerza,
que deba yo agradecida
esclavizar à mi exenta
voluntad? Si muy crueles
juzgué las duras cadenas
en que me oprimisteis, juzgo
de mas tenaz consistencia
las que por medios violentos
à mi corazon asedian.

Alonf ¿Pues quien te insulta?

Delm. Ximenez.

Alonf. (Bien sospeché); nada temas,
y confia en mi poder
tu libertad y defensa.
Ya te se dió libertad,
y has de disfrutarla entera,
que pues conmigo asociado
à conquistar esta tierra
vino Ximenez, no es solo
quien ha de mandar en ella.
Yo te adoro, lo confieso,
pero à tu beldad respeta
mi corazon, y no intento
hacer à tu amor violencia,
sino que libres tus labios
me den muerte ò recompensa.

Delm. Mucho tu bondad merece,
y agradecida y dispuesta
estaré siempre à servirte;
pero no es dable se encienda
mi corazon en tu afecto:
de Zadir es; considera
pues que se le di, imposible
que

que ya de Zadir no ſea.

Alonſ. ¿Y en el poder de un ſalvage
que las virtudes no aprecia,
ſe ha de ver por mi deſgracia
hermoſura tan perfecta?

Delm. ¡Què es lo que decis, Señor?
Oh! que ridicula idea
formais de nueſtros ſalvages!
La virtud, decis, no aprecia?
Os engañais: otros ritos,
otras leyes muy diverſas
tendreis; pero la razon
en todo humano ſe hoſpeda,
y tal vez ſe encontrarán
mas bien coſtumbres honeſtas
entre eſtos incultos montes,
que en eſas Cortes; en eſas
poblaciones que alabais;
porque es la ſencillez prenda
que mejor que à la altivez
ſabe unirſe à la inocencia.
Aqui el deſeo no mueve
à la rapiña; contenta
con ſu ſuerte ſe vé el alma.
Nadie procura, ni intenta
ſu bien con daño del otro,
ni à ſer mas que el otro anhela.
Aſi nadie hai miſerable;
y ſi alguno hai que lo ſea
por ſu deſgracia, ſabemos
que debemos ſocorrerla.
Eſto hacemos los ſalvages.
Juzga del que aſi proceda
ſi tal vez os dá un exemplo
envuelto entre ſu rudeza.

Alonſ. Prudente honras à tu patria,
pero te afirmo me peſa
de tu deſtino.

Delm. Si quieres
que menos tirano ſea,
dá libertad à mi padre.

Alonſ. Ya hice quitar las cadenas
à Camur, Zadir, y à quantos
gemian baxo ſu adverſa
fortuna; no deſeamos
los teſoros que eſas tierras
eſconden en ſus entrañas;
que ſalgais es nueſtra idea
de vueſtra torpe ignorancia,
y conozcais la ſuprema
inmortal cauſa por quien
ſubſiſtimos, y ſe alienta.
No es tal nueſtra atrocidad,
que à verter tampoco venga
la ſangre de vueſtro pueblo.
Tendreis pruebas muy ſinceras
de nueſtra amiſtad. Alonſo
de Souſa rinde obediencias
à la precioſa Delmira,
y quien es monſtruo en la guerra
ſerá giraſol amante,
que la ſirva y obedezca.
Solo en favor tuyo quiero
contrarreſtar à la eſtrella
de un barbaro à quien adoras,
pues nunca de tu belleza
ſerá digno; mas no intento
violentar las influencias
hácia mi, del amor tuyo;
libre eſtás, libre te dexa
mi paſion; sè de quien guſtes,
como de Zadir no ſeas. *Vaſe.*

Delm. ¡Què es eſto que oyendo eſtoy!
¿Cómo de Zadir no ſea?
De Zadir no? ¿Eſte precepto
tan altanero, es ſobervia?
¿Es amiſtad ò piedad?
Ofrecí à Zadir mi dieſtra.
¿Pues porque no he de ſer ſuya
ſi mi fé tiene por prenda?
Porque no es digno de mi,
ſegun dice; voz ſecreta
que me eſtás hablando al alma,
què quieres? Dices ſon ciertas

las expresiones de Alonso,
y procuras le conceda
lugar en mi corazon
que con gusto se le diera;
mas mi fé y Zadir me llaman.
Pero si él no ha dado prueba
de que me estima; y arguyo
que son sus costumbres fieras,
quando dulcemente Alonso
me complace y me respeta,
¿porque no he de despreciarle?
Si, le aborrezco; ¡en que guerra
fluctua mi corazon!
¿Será por ventura estrella
esta nueva aversion, hija
de escuchar llamarme bella
de los Europeos? No,
pues Ximenez, aunque prueba
à lisongearme, me indigna;
y solo hallo complacencia
en quanto Alonso me dice:
su voz dulce y alagueña
mis sentidos aprisiona.
Mas ay! que temer es fuerza
la actividad de sus voces,
mas que el semblante y fiereza
de los fuertes estrangeros;
que al paso que à mi me eleva,
un feroz remordimiento
me acrimina, y me vocea
que soy infiel y perjura
si admito lisonjas necias.
Esto ha de ser; la virtud
así lo dicta y ordena:
por un inutil deseo
aborrecida me viera
del mundo, y aun de mi padre:
soy de Zadir? Pues él sea
solo el dueño de mi mano.
Ardiente esperanza nueva,
dexa ya de persuadirme;
y los Europeos vean
(pues que salvages nos llaman,
y solo ensalzan y aprecian
las virtudes de su patria)
que en la Guayana se encuentra
quien su pasion sacrifica
por cumplir una promesa.

ACTO SEGUNDO.

Sala adornada. Schichirat y Rosa.

Ros. Llega, querido salvage,
no te pares; què te admira?
Ya tu sabes que à servir
à mis ordenes te aplican.
Què temes?
Schi. ¡Donde me hallo!
porque esta estancia no vista
entre nosotros, sin duda
la formó ciencia maligna.
Ros. Ciertos diablos que tenemos
con arte y con inventiva,
esta casa de madera
han formado en quatro dias,
y se llaman carpinteros
y herreros.
Schi. Què gregueria!
¿Y son malos esos diablos?
Ros. Son una gente maldita.
Schi. ¿Y con ellos tratas?
Ros. Si.
Schi. Aparta, que es pegadiza
la maldad, y puede ser
que en diablo estés convertida.
Ros. Tu ignorancia te disculpa;
hombres de la forma misma
que tu son los que la han hecho,
y ya verás construidas
otras casas con el tiempo
de otra fabrica exquisita,
y si te aplicas à oficio
ò à ayudar à construirlas,
podrás comprender el modo
con

con que el arte las fabrica.
Schi. ¿Y para eso se trabaja?
Ros. Eso es cosa muy precisa.
Schi. Pues à eso hacerme no puedo,
porque yo toda mi vida
la he pasado à mis anchuras
sin trabaxo ni fatiga.
¿Y estos que son?
Ros. Son adornos,
en que se comprenden sillas,
los espejos, cornucopias
y otras cosas infinitas.
¿Qué te parece?
Schi. Muy malo.
Solo encuentro mi delicia
en ese que llaman vino.
Valgame el Sol! Què bebida!
El hace al hombre valiente,
el calienta, el fortifica,
el alivia los dolores,
él el cansancio mitiga,
huele bien, sabe mejor,
y causa estraña alegria.
Vaya, solo por el vino
gustoso me convendria
à estar preso y maniatado,
lo que me resta de vida.
Ros. ¿Con que te ha gustado tanto?
Schi. Su nombre me regozija.
Ros. ¿Y las mugeres de Europa
no te parecemos lindas?
Schi. Como venis asi envueltas
en tantas cosas distintas,
puede llevarse uno un chasco
que le dure de por vida.
Ros Eres un tonto.
Schi. No importa;
yo me entiendo con las mias,
que sus defectos ò gracias
están todos à la vista,
y sè que es fresca la fresca,
y la estantigua, estantigua.
Ros. ¿Con que à mi no me querrás?
Schi. Como me des cada dia
una gran porcion de vino,
lograrás ser preferida
en mi amor, y te querrè
todo el tiempo que tu vivas.
Ros. Vete, Eschichirat, que viene
hácia este sitio Delmira.
Schi. Pues el Sol te guarde, Rosa;
que si me dás la bebida,
bebiendo, amando y durmiendo
verás que paso mi vida. *vase.*
Sale Delm. Muger, D. Alonso manda
que desde oy entrar permitas
à mis amigos y deudos,
paraque hablarme consigan.
Ros. Muger, Don Alonso manda!
Esa es mucha demasia.
Muger à mi? Cómo es eso?
¿Tan presto desvanecida
ese vestido te ha puesto?
¿Muger à mi? ¿Y atrevida
tratarme de *tu*, sabiendo
que esta casa, y su familia
toda como ama gobierno?
¿A mi de *tu*, inadvertida?
Delm. Entre nosotros el *tu*
familiarmente se estila.
Si de este trato te ofendes
te daré aquel que tu elijas.
Ros. El de Vm. me corresponde.
Delm. En estas selvas, amiga,
donde yo nací, estos vanos
titulos nada se estiman.
El aprecio y el respeto
en las palabras no estriba,
pues el labio tal vez puede
usar de voces benignas,
y no corresponder estas
à las ideas nocivas,
ò sangrientas intenciones,
que el pecho traidor maquina.

Entre vosotros he visto
que el que tal vez mas se humilla
del superior en presencia,
ausente le satiriza.
Esto aqui no acostumbramos:
los viejos que de justicia
exigen mayor respeto;
escuchan con alegria
el *tu*: en fin, al Sol hermoso
le son gratas y propicias,
con solo este humilde trato
nuestras suplicas sumisas.
Siendo esto asi, ¿què razon
puede haber introducida,
paraque querais vosotros
otro trato que el que estila
dar al Sol nuestra rudeza?
Yo me inclino à que son hijas
esas vanas pretensiones
de una costumbre que indica,
de vuestro culto pais
la ambicion y altaneria.

Ros. Yo del *tu* no me quexara,
si ya por costumbre antigua
no se usara entre nosotros
el trato de *usted*, Delmira.

Delm. Bien està; para otra vez
te darè *usted*.

Ros. Cosa linda:
te darè; asi no se dice;
darè à usted decir debias.

Delm. Aprenderè con el tiempo:
y aquesta ignorancia mia
te suplico me perdones.

Ros. Si, bellisima Delmira,
te perdono, solo quiero
el que quedes instruida
de lo que es tu obligacion,
y de mi afecto confia
si me respetas. Esclava
eres nuestra; eso te obliga
à servirme, y à que siempre
esperes ordenes mias.

Delm. ¿Yo servir?

Ros. ¿Y porque no?
Bueno es esto! ¿Què creias
que venias à mandarnos?
¿Porque piensas que te libran
de las pesadas cadenas?
Porque à mis ordenes sirvas
y trabajes; esta sala
ha de limpiarse; hazlo aprisa
con gusto: y quedate à Dios.
¿No respondes?

Delm. Buenos dias.

Ros. Què bruta eres! Què ignorante!
Mande usted, Señora mia,
debes decir. No es posible
que tu aprendas cortesia. *Vase*

Delm. ¡Què es lo que pasa por mi!
Desventurada Delmira,
tu que tan libre has nacido,
has de mirarte abatida
al estado de servir?
Oh! cruel suerte enemiga!
Pero si atiendo à las voces
amantes y compasivas
de Don Alonso, yo espero
que me ha de ser mas propicia.
¿Pero quien hàcia aqui viene?

Sale Don Dionisio con soldados.

Xim. Idolatrada Delmira,
con este trage Europeo
tanto tu hermosura brilla,
como crece en mi el afecto
à estimulos de tu vista
Esclava te hizo la suerte.
De tus luces peregrinas
esclavo me hizo el amor,
y me prometo que un dia
use tu animo bizarro
de su piedad y caricias,
con quien su amor te ha mostrado
en tus mayores desdichas.

Delm. Y decid, ¿à que deſtino
por eſclava ſe me aplica?
Xim. Al de ſer reverenciada
por todos y obedecida,
qual yo propio. Eſto promete
quien ã complacerte aſpira.
Delm. Eſa impropia autoridad
no es, Señor, la que codicia
mi humildad. Baſtame ſolo
que à las mugeres prohiban
que aqui vengan à inſultarme,
pueſto que compadecidas
fuera mejor perdonaſen
la torpe ignorancia mia.
Xim. Cómo? ¿Pues quien te ha ofendido?
Delm. No es la intencion q̃ me anima
de ſembrar diſcordias.
Xim. Mando
que al inſtante me lo digas.
Delm. No lo ſabrás de mi boca.
Xim. Eſa prudencia cautiva
de nuevo mi corazon,
y à tu beldad peregrina
añade nuevo realce,
que à eſtimarte mas excita.
Si indultas à quien te ofende
como amarás al que eſtimas!
Delm. Ah! ſi: mis tiernos afectos
le conſervo al que ſuſpira
por mi; conſtante he de ſerle
aunque la ſuerte enemiga
mas contra mi ſe conjure,
barbara, cruel è impia.
Xim. ¿Quièn mas felice que yo,
quando tus labios publican
en el amor que me tienes
mis ineſperadas dichas?
Delm. Señor, ved que os engaañis.
Zadir es à quien rendida
entreguẽ mi fé, èl me adora;
y aquel que à mi mano aſpira,
ò à arrancarle de mi pecho
(permitidme que lo diga)
lo intenta en vano.
Xim. Pues cómo!
Quien piedades repetidas
ha gozado de mi mano
¿me habla con tanta oſadia?
¿Con tal ingratitud pagas
la llama que eſtá encendida
de mi amor? ¿A quien rompió
los yerros que te oprimian,
dices que tus dulces brazos
ſolo à un barbaro dedicas?
Delm. ¿A vos la libertad debo?
No, Señor: agradecida
confieſo eſte beneficio,
con la humildad que es debida
al benigno Don Alonſo.
Xim. Los dos en eſta conquiſta
con igual poder mandamos,
y ſi intentáran mis iras
ſugetarte, Don Alonſo
en tu opreſion convendria.
Delm. Pues, Señor, ſiendo eſo aſi
yo eſpero la piedad miſma
de vos que de Don Alonſo.
Xim. Bien sè que con paſion fina
te ama; pero en vano intenta
contraſtar la hoguera activa
de mi pecho: mi deſpojo
fuiſte tu; y ſi eſclava mia
te conſidero, pretendo
exigir oy de juſticia
el tributo de tu amor.
Delm. No uſa violencias indignas
amor; ſi en verdad me amarais
conmigo humano ſeriais.
Que fomenteis es en vano
eſa barbara nociva
paſion que rendido os tiene,
pues antes darè mil vidas,
que infamemente conſienta

en ideas tan iniquas.

Xim. Tu debil valor deſprecio,
mi fuego no ſe amortigua
por tu repulſa. A una eſclava
es la fuerza permitida,
y conſentirás por fuerza
en el amor que abominas.

Delm. Antes me verás morir
que ceder à tus impias
ſolicitudes.

Xim. Soldados,
ſin dilacion à mi viſta
encadenad à eſa ingrata.

Sale Don Alonſo.

Alonſ. ¿Quièn tal ſentencia fulmina
contra eſta infeliz? Ximenez,
¿quièn arbitro de ſu vida
y libertad os ha hecho?

Xim. El ſer ſolo eſclava mia.

Alonſ. Tambien la rindiò mi brazo
como el vueſtro; y de Delmira
ſoy yo Señor igualmente

Xim. Convengo en que ſe dividan
los deſpojos, ſolo quiero
por fruto de eſta conquiſta
eſta eſclava; à las cadenas
al inſtante conducidla. *A los ſold.*

Alonſ. Yo ſoy quien ſu honor defiende;
nadie tenga la oſadia
de inſultarla.

Xim. Vos la amais?

Alonſ. No lo niego.

Xim. ¿Y què os obliga
à creer que la razon
por derecho de conquiſta
os le concede mayor
à hacerla vueſtra que mia?

Alonſ. Don Dioniſio, ceſad ya;
que es tan injuſta porfia
à Doña Blanca mi hermana,
y vueſtra eſpoſa ofenſiva.
El lazo con que os ligaſteis
ſoſtendrè, y tan indèbida
injuria contra mi ſangre
no la ſufrirán mis iras.

Delm. Ah, Señor! ¿què afecto es eſe
que aſi por mi os precipita?
Eſas maximas tiranas
me confunden y horrorizan *á Xim.*
Tened piedad, Don Alonſo,
y vueſtra alma compaſiva
ponga en ſalvo mi decoro;
mi inocencia os lo ſuplica.

Alonſ. No temas, no, que te ultragen;
en mi nobleza confia,
pues ſe hace enemigo mio
quien abraza la perfidia.

Xim. Si eſo lo decis por mi,
yo me explicarè algun dia
con vos; à daros reſpueſta
eſte ſitio no convida;
en otro luego veremos
de quien ha de ſer Delmira.

Vaſe con los Soldados.

Delm. No, Señor, os eſpongais
por mi à la dieſtra atrevida
de eſe cruel; ſi yo ſoy
quien vueſtro encono motiva
derramad mi ſangre, y ceſen
la enemiſtad y porfia.

Alons. No le temo, ſu ardor sè,
ſabrè dexar corregida
ſu audacia con mi poder,
pues ſolo en mi mano eſtriba
ſer abſoluto en el mando.
Obligaciones preciſas
de mi cargo hacen que ahora
aſi el valor ſe reprima:
pero en volviendo al Braſil,
caſtigarè ſu oſadia:

tu, tu corazon ſerena;
explayate, y no te aflixas;
que mi brazo y mi reſpeto
ſon eſcudo de tu vida.
Delm. ¿Què alcanzará à compenſar
piedades tan repetidas?

Sale Antonino.

Ant. Señor, de arribar acaba
à una enſenada, que diſta
baſtante del campamento
una nave dirigida
deſde el Braſil, y preguntan
por vos con mucha alegria
los marineros, que dicen
traen à la peregrina
Doña Blanca vueſtra hermana.
Alonſ. Feliz nueva: con ſu viſta
templará ſu ardor Ximenez;
voy volando à recibirla.
Tu quedate aſegurada
de que te adoro, Delmira;
mas con tan decente amor
que ſi conſigo algun dia
el tuyo, le eſtimaré
por gracia no merecida.

Vaſe con Antonino.

Delm. ¿Son eſtos los Europeos
de quien nueſtro error creía
que eran heroes invencibles
de eſpecie caſi divina?
A nueſtras miſmas paſiones
ſugetos, los predominan
ya el vicio, ò ya la virtud.
Si en Don Alonſo ſe explica
la piedad, en Don Dioniſio
ſe hallan el vicio y la ira.
Digno es aquel de reſpeto,
de eſte la fuga es preciſa.
Tambien acá entre noſotros
ſe hallan hombres de diſtintas
paſiones, unos crueles,
otros de coſtumbres dignas
de aplauſo; con que deſcubro
que ſin duda es una miſma
la naturaleza en todos,
y un miſmo eſpiritu aníma
en las tierras mas remotas
que en eſtas ſelvas ſombrias.
Pero entre dos enemigos *Sientaſe.*
¿què podrá la ſuerte mia
eſperar? ¿Quál ſerá el fin
que me ofrezcan mis deſdichas?
A mi padre, ni à Zadir
he viſto, ni mas noticia
he vuelto à tener de entrambos
que la primera: podrian
ſolo ſu viſta y conſejo
aliviarme en mis fatigas.
Sale Zad. Eſta es muger Europea
ſegun ſus ropas indican,
y el hallarla en eſta eſtancia
ſentada, tambien indicia
ſer principal entre todas.
Y pues nos es permitída
la entrada haſta aqui, y à nadie
en ſu cuſtodia examina
mi atencion; nada recelo:
y ya que perdí à Delmira
por la impiedad de eſtos monſtruos,
ſatisfaga mi ojeriza
traſpaſando con mi dardo
el pecho de eſta enemiga.
Adelantaſe para diſpararla, le ve Delmira, y ſe levanta precipitada.
Delm. Ah Zadir!..
Zad. ¡Muger ingrata,
tu en eſe trage veſtida!
Has podido, di, ceñirte
las vergonzoſas inſignias
de infiel! Ah! que à mi peſar
reconozco tu perfidia.
Y pues con ayrada mano
intentè quitar la vida

à

à una Europea, en ti acabe
mi mas cruel enemiga.
Delm. Tente, Zadir, que el furor
à tu fin te precipita.
Cercado eſtas de contrarios,
¿què importará que vertida
veas mi ſangre, ſi el golpe
à tu muerte ſe encamina?
Zad. Vengan cadenas; la muerte
ſerá mi mayor delicia.
Delm. Barbaro, ¿en què te he ofendido?
Fiel ſoy: en defenſa mia
invoco al Sol, y à los Dioſes
de nueſtra patria: en mi habitan
la conſtancia y la lealtad
à ti, y à un padre debidas.
En vano, ſi, me perſuaden
ropas, ternezas, ni iras
de los contrarios: mi pecho
conſerva fiel todavia
corazon americano
para vencer ſus inſidias.
Zad. ¿Pues porque por el eſtraño
tu trage aſi deſeſtimas
ultrajando tu conſtancia?
Delm. ¿Porque en que menos podria
complacer al enemigo?
Rodeada de ſu familia,
ſugeta en aqueſta eſtancia
y eſclava ſuya ¿ſeria
facil que me reſiſtieſe
à eſte precepto? Examina
que quando en libertad dexa
mis afectos, no declinan
por la mudanza de trage
mis lealtades prometidas:
pienſo como antes penſaba;
mi inocencia todavia
guardo, mi virtud poſeo,
mi corazon ſin heridas
mantengo: ſoy de Zadir.
¿Què mas quieres de Delmira?
Zad. Ven conmigo.
Delm. ¿Què pretendes?
Zad. Que hagan pedazos mis iras
eſos adornos, ſintiendo
no pueda la ſaña mia
hacer lo miſmo con todos
quantos Europeos piſan
eſtas playas, porque fueſe
tan eſtraña, tan no viſta
mi venganza, que ofuſcaſe
la gloria de ſu conquiſta.
Delm. Tanto furor! Ten preſente
que ya que fué permitida
por las deidades, ahora
la libertad y las vidas
al conquiſtador debemos,
y que ſu clemencia es digna
de que calme el rencor nueſtro,
y que tu encono reprimas.
Zad. El indigno labio cierra;
tu infidelidad te inſpira
que hables aſi. Ah! perjura,
paga tu error con la vida.
Va à tirarla y ſale Camur.
Delm. Cielos, piedad.
Sale Cam. Tente, fiero,
no la hieras: ¿què te obliga
à vibrar el feroz brazo
contra el pecho de mi hija?
¿Ha manchado ſu decoro?
¿Faltó à la fé prometida?
Zad. Digantelo eſos ropages.
Dem. El corazon que me anima,
padre, puro ſe conſerva.
Eſtas ropas no le vician.
Zad. No creas.
Cam. Soſiegate.
Zad. Eſe trage la acrimina
de haberſe rendido ya.
Delm. A quien rendì la fé mia
puedo dar libre mi mano.

Pues

Zad. Pues damela.
Cam. No profigas:
hija, tu estás en peligro.
Si agradarme solicitas,
arroja pronto esas ropas.
Delm. Señor...
Zad. ¿Ves como respira
infidelidad en todo?
Cam. Hablar solo con mi hija
quiero, retirate al punto.
Zad Antes es fuerza te diga...
Cam. Respetame.
Zad. Es una infiel.
Cam Vete, atrevido.
Zad. Me obliga
mi respeto à obedecerte,
pero hablará mi osadia.
Cam. Oye, pues solos estamos;
tu puedes entre esas ricas
telas, guardar tu inocencia;
pero tu culpa atestiguan.
El admitir las costumbres
de Europa, es una indebida
ofensa à la patria y Dioses,
y te atraes su ojeriza.
No está el crimen en las ropas,
pero por ellas principia;
y si se va haciendo el alma
poco à poco à la malicia,
produce la novedad
efectos que perjudican.
Acostumbrado tu oído
à la voz de infiel, podrias
arruinando tu constancia
rendirte à serlo algun dia.
Nosotros tenemos leyes.
Al Sol por deidad propicia
veneramos. Los de Europa
nuestros ritos abominan,
y querran sigas los suyos.
¿Crees tu que verte unida
con Zadir aprobarán?
No asi lo discurras, hija.
Huye de aquestas estancias
à parte desconocida:
vente conmigo, y vivamos
donde no hallen acogida
el arte, y las asechanzas
de estos impios que aspiran
à sojuzgarnos. Los montes
en sus concavos nos brindan
con su auxilio; disfrutemos
aunque con vida mezquina,
la seguridad del alma.
La deidad asi lo dicta:
tu padre asi te lo manda;
si; por evitar la ruina
del corazon, atropella
tan engañosas delicias.
Delm. Pronta estoy à obedecerte:
huyamos; pero examina
que es imposible la fuga.
Cam. No receles, no te aflixas.
Zadir y yo hemos juntado
unas esquadras crecidas
de Americanos, que intentan
dar por la patria la vida;
y divididos en trozos
en las malezas vecinas
se ocultan. Quando esforzados
à los contrarios embistan,
huyamos los dos; que quiero
libertarte, amada hija,
de que à la fuerza ò los ruegos
tu constancia y tu fé rindas.
Delm. En mi libertad me dexan
los contrarios, no me obligan
à violentar mi alvedrio:
yo...
Cam. De la obediencia mia
no te apartes, y si lo haces,
con la crueldad debida
te trataré como à infame...
Delm. No en la amenaza profigas.

Ay infeliz! *ap.*
Cam. Sigueme.
Delm. Aventuramos las vidas.
Cam. La luz del numen alumbra
à quien agradarle aſpira.
Delm. Penſadlo bien.
Cam. Ya lo he viſto.
Delm. Ved, padre...
Cam. No te reſiſtas,
ingrata, ò darán mis manos
teſtimonio de mis iras.
Delm. Pues de mi padre es precepto,
es fuerza ſeguir ſumiſa.
Las deidades nos protejan,
y nueſtros paſos dirijan.
(Don Alonſo què dirá *ap.*
de eſta ingrata fuga mia?)
Vedme, Señor, reſignada:
cumplir ſolo ſolicita
mi amor filial vueſtra orden;
pero no eſpongais la vida.
Cam. Hija, vamos.
Los 2. Sol ſupremo,
nueſtros deſignios auxilia.

ACTO TERCERO.

Boſque. Se oye dentro voceria con ruido de armas, y deſpues de los ſiguientes quatro verſos, ſalen Camur, Delmira, Zadir; eſte con el dardo en la mano, y ſin detenerſe ſe entra por el lado opueſto.

Dent. Zad. A ellos, Americanos,
no quede un contrario vivo.
Dent. Xim. Portugueſes, à vencer
como ſiempre al enemigo.
Cam. Los hados ſe han conjurado
ſolo para perſeguirnos.
Tu honeſtidad ſe defienda,
hija, en el mayor peligro.
Delm. Padre, ¿porque os deteneis?
¿Porque el penſado deſignio
de la fuga, no ſeguis?
¿No advertis que enfurecidos
eſtarán contra noſotros
con ſuficiente motivo
los Europeos? Huyamos,
padre amado.
Cam. Hija, no miro
para huir, ſeguro paſo;
todos los tienen cogidos
las armas de eſtos tiranos.
Zadir hácia el boſque ha ido
por ver ſi halla en ſu eſpeſura
à la fuga algun arbitrio.
Delm. Ya viene.
Cam. Muy pronto vuelve.

Sale Zadir.

Zad. Todo recurſo es perdido,
pues por boſque, monte y llano
ſus armas han eſparcido
los Portugueſes; no ſe hallan
ſino abundantes teſtigos
de nueſtra ruina; la ſangre
de nueſtros fieles amigos
vi correr por eſtos campos;
unos cadaveres frios
alli yacen, otros mueren;
quien procura por alivio
la miſma muerte; otros piden
venganza de ſu deſtino;
moribundo uno clamó
por favor al enemigo,
y con mi dardo en la muerte
le ofrecí mas noble auxilio.
No concluida la lid,
por ſi libraros conſigo
me ſali de la batalla;
pero ya es vano el deſignio;
por ti, Delmira, lo ſiento.

Bien

Cam. Bien puedes, que fiel te ha sido
Zad. Si, pero ya à mi despecho
volverá al poder impio
del Portugues, que irritado
tal vez à los ojos mismos
de su padre, y de su amante
querrá vencerla atrevido.
Delm. Ah Zadir! ¡Què mal conoces
el constante valor mio!
En defensa de mi honor
los tormentos mas activos,
y aun la muerte sufrirè:
esto, Zadir, determino.
Cam. De su constancia no dudes.
Zad. Pues solo esta prueba pido
de la fè que me asegura.
Si la horroriza el peligro
de su honor; salvele y muera.
El dueño de su destino
eres tu, siendo su padre.
Enciende el valor antiguo,
y con un golpe haz tu nombre
à los venideros siglos
glorioso. Tu hija está expuesta
en poder del enemigo;
este es el fatal momento
de descubrir tu heroismo,
y honrar tu valor: empuña
el dardo, Camur invicto,
y siendo tuyo el impulso
sea el instrumento mio.
Dandole su dardo.
Delm. ¡Oh què barbara experiencia
para un pecho amante y fino!
Zad. Abrevia el golpe, no fies
en ella, mira un indicio
de su culpa en su temor.
La palidez que ha esparcido
el miedo por su semblante,
declara que no está limpio
como asegura su pecho.
Y tu si acaso remiso
en su muerte no consientes,
quedarás envilecido,
y à tolerar tus afrentas
siempre pronto, siempre vivo.
Cam. Eso no, calle el amor,
que en extremo tan impio
prefiero al ser ultrajado,
ser verdugo de mi mismo
en la vida de mi hija.
Delmira, no hay mas camino;
abraza la muerte y burla
el furor del enemigo.
Delm. Si, padre, vuestra es mi vida;
mi filial amor rendido
este don vuestro os devuelve;
pronta estoy al sacrificio. *postrada.*
Cam. Ay de mi! ¡Què frio horror
por mis venas se ha esparcido!
Al brazo falta la fuerza.
Oh numen, dame tu auxilio.
Tierno paternal amor,
¿será por ti envilecido
mi corazon? Como escucho
los reiterados latidos
de la humanidad! Verguenza
es estar tan compasivo..
muere.. pero este semblante
sereno en tanto peligro,
esta humildad y mi amor,
se oponen à mi designio;
y ya por mi rostro corren
las lagrimas hilo à hilo. *Se retira.*
Zad. ¿Què flaqueza vergonzosa
ocupa tu pecho? Amigo,
serás acaso el primero
que la sangre de sus hijos
entre nosotros derrame?
Nuestra patria en sacrificio
acostumbra à la deidad
quemar inocentes hijos.
Tu sabes bien, que la carne

de la muger, en el frio
invierno nos alimenta
y sacia nuestro apetito.
Si estos exemplares tienes,
¿sufrirá, Camur, tu brio
que tu amor librar te impida
tu honor de tanto peligro?
Cam. Mi flaqueza te confieso;
toma el dardo, de ti fio
la execucion de su muerte.
Dasele y vuelve de espaldas.
Zad. Damele, verás cumplido
tu precepto y mi deber.
Delmira, solo te pido
que no me llames tirano,
cruel, ingrato, ni impio.
Por amarte y aplacar
los zelos con que oprimido
está mi corazon, puedo
ser inhumano contigo.
Camur...
Cam. No me llames; yere
que es estrechar mi conflicto
querer que un padre presencie
tan violento sacrificio.
Delm. Si he de morir, acabad;
no prolongueis mi martirio.
Este es mi pecho: què aguardas?
Zad. Centro, donde el amor mio
pensaba vivir en lazos
siempre fieles, siempre unidos;
à herirte va mi valor,
por ser mi amor excesivo...
Dame antes tus dulces brazos.
Delm. No los esperes, indigno.
Zad. Perjura, pues me los niegas,
ya mi sospecha confirmo.
Va à herirla y sale Ximenez con soldados por diversas partes.
Xim. Tente, barbaro: matadle
si se resiste ese impio.
Zad. Hado cruel! si yo muero,
abandonada es preciso
que quede Delmira: viva *ap.*
yo, por si acaso consigo
poder vengarme algun dia.
Ya à vuestro poder me rindo.
Tira el dardo.
Cam. ¡Què contraria me es la suerte
en mi vegez!
Xim. No remisos
esteis sin encadenarle
con ese anciano.
Los encadenan.
Delm. ¡Què he oído!
Ay padre del alma mia!
Xim. Llevadlos luego al recinto
donde se hallan los esclavos.
Cam. Pues por mi edad me aproximo
à dar el feudo à la muerte,
saciate, saciate impio,
del favor de tu fortuna.
Xim. Què haces? Adonde vas?
Llevanlos: los quiere seguir Delmira.
Delm. Sigo
à mi padre amado.
Xim. Tente;
no os detengais, conducidlos
al destinado lugar.
Zad. Ah tirano! bien concibo
el fin de tu amór impuro;
pero teme, si el destino
me da ocasion de vengarme.
Cam. Piensa en vano tu artificio
poder triunfar de Delmira.
Hija amada, contra el vicio
prevalezca tu constancia,
dale à tu padre ese alivio.
Llevanlos parte de los Soldados.
Delm. ¿Porque, Señor, si mi padre
gime preso y oprimido,
se ha de ver libre su hija?
Sospechosas premedito
vuestras piedades. ¿Quereis
ven-

vencer asi el amor mio?
No lo lograreis: los hierros
y la muerte antes admito
que las malignas ideas
que recelo y que abomino.
Xim. Cambia ese duro lenguage,
y mira que está en tu arbitrio
la libertad de tu padre.
Yo te ofrezco ser benigno
solo por hacerte honor
con quantos me han ofendido.
Delm. ¿Y à que precio me otorgais
tal favor, tal beneficio?
Xim. Bastará que me asegures
de una merced que te pido.
Delm. ¿Pues què teneis de estas tierras
vos solamente el dominio?
Sois su absoluto Señor?
Xim. Con Don Alonso he venido
à esta conquista asociado;
pero por haber huido
de la batalla, en mi solo
las tropas han reunido
el poder. En la Guayana
mando solo; y tus patricios
dando tributo à mi Rey,
penden del gobierno mio.
Tu hermosura que en mi pecho
mi corazon ha encendido,
de mi amor será obsequiada;
y quantos yacen cautivos
esperen gracias, si imploran
mi clemencia por tu auxilio.
Delm. Pero el titulo quisiera
saber que habeis elegido
para honrarme.
Xim. Te dará,
no lo dudes, mi cariño
el que me pidas.
Delm. ¿Aunque
sea, hablando en vuestro estilo,
el de esposa?
Xim. Te lo ofrezco,
si asi te complazco y sirvo.
Delm. Demasiado mi baxeza
ensalzais, Señor; os pido
instruyais à mi ignorancia
acerca de vuestros ritos.
Decidme ¿quantas mugeres
os permiten?
Xim. Prohibido
nos es el tener mas que una.
Delm. Pues si eso es asi, examino
(pues teneis una) imposible
ser yo vuestra, ni vos mio.
Xim. No receles por lo que hayas
de Don Alonso entendido.
Si à Doña Blanca rendi
fê y palabra de marido,
en el mismo acto de darla
me senti ya arrepentido.
Es una viuda altanera
que cree la son debidos
los mayores holocaustos
y rendimientos. No es digno
de mi amor su corazon.
Al tuyo sì que dedico
todo mi amor y fineza.
Delm. Creo que de este capricho
cedierais, si Doña Blanca
lográra reconveniros.
Xim. En vano de Blanca hablamos;
está en el Brasil; conmigo
usar ahora no puede
de su indocil trato altivo;
en siendo tiempo, sabrá
que por tu beldad la olvido.
Delm. ¿Y què diriais, Señor,
si por ventura à este sitio
hubiese arribado ya?
Xim. Doña Blanca! ¿Cómo ha sido?
¿A estas playas ha llegado?
Delm. Si, Señor, à su recibo

fuè ſu hermano ; eſta es la cauſa
por la qual faltó ſu brio
de la lid ; la auſencia ſola
pudiera haberle impedido
que à la batalla aſiſtieſe.
Xim. Pues ¿cómo de tal arribo
nadie pudo darme cuenta ?
Delm. Lo eſtorvó ſin duda el ruido
y confuſion de las armas.
Xim. Eſe es pretexto fingido
de Don Alonſo , por ſolo
contraſtar el ardor mio.
Su hermana eſtá en el Braſil,
y èl quiere con ſu atractivo
ſeducirte ; pero no
tus repulſas deſeſtimo,
y con reſolucion pronta
burlarè tus artificios.
Eſcoge obſequios , honores,
riquezas , y amor rendido ;
ò à rehuſarlo , violencias,
ultrages , y trato impio.
Delm. ¿A mi tales amenazas ?
Xim. Tal uſarè , ſi me irrito
con todo el mundo ; no ſolo,
ingrata muger , contigo.
Delm. Por lo que à mi pertenece
con reſolucion os digo,
que la amenaza deſprecio.
Libre ſoy , libre he nacido,
y antes que daros la mano
rendirè el cuello al cuchillo.
Con el titulo de eſpoſa
encubris vueſtro artificio,
y el proceder cauteloſo
es de un noble pecho indigno.
Yo nunca ſabrè faltar
à la fé que he prometido :
vos , que faltais à otro lazo
rompierais deſpues el mio,
pues la inconſtancia parece
que os ſirve de diſtintivo.
Con mi firmeza os enſeño
à cumplir , como es debido,
y ſi engañar os agrada,
tan mal exemplo no imito.
Mi origen debo à eſtas ſelvas ;
y aunque vos ſois producido
en pais culto , conozco
que en voſotros el delito
reyna mas que entre noſotros
que en eſte inculto nacimos.
Vos el decoro no amais
de vueſtra patria ; yo el mio
y el de la mia defiendo.
Eſta es virtud ; eſe es vicio.
Xim. Odioſas comparaciones
de eſclava à Señor. Repito
que pues lo eres , à mi guſto
tu ſuerte te ha ſometido :
ſi voluntaria no accedes,
violentarè tu alvedrio.
Delm. ¿Quièn te da tal poteſtad ?
Xim. Yo me la doy , que en mi arbitrio
eſtán tu vida y tu muerte.
Delm. Solo el Sol tiene dominio
abſoluto de mi vida ;
y aunque puede por ſus juicios
armar tu barbaro brazo
para acabarla , examino
que tambien à la inocencia
liberta de los impios.
En eſa ſoberbia hiſtoria
de los fieros latrocinios
vueſtros , no habeis de alabaros
de que à Delmira han vencido
vueſtras violencias. Proteſto
que la fè y candor que animo
ſabrè defender ; de ſuerte
que quien intente atrevido
mancharlos , por mi defenſa
ſe mirará envilecido.
Xim. De eſa amenaza terrible
ha-

hacer prueba determino:
conmigo vèn. *Asiendola.*
Delm. No lo esperes. *Resistiendose.*
Xim. Ola, guardias, ahora mismo
de este lugar separadla.
La cercan los soldados.
Delm. No conseguireis, iniquos,
llevarme de aqui con vida.

Tirase à desarmar à uno. Salen Don Alonso, Doña Blanca y acompañamiento.

Alons. Ah justo Cielo! Què miro!
¿Què haceis, barbaros?
Xim. Què veo!
Blanc. Infiel, temerario, indigno,
¿tu empeño de honor es este?
Habla, amante fementido
de una miserable esclava,
porque te culpes tu mismo.
No pienses, no, que es mi amor
el que aqui me ha conducido,
la curiosidad tan sola
de esta conquista ha movido
mis pasos, que no merece
un perfido el amor mio;
y se averguenza mi sangre
del tiempo que te ha querido.
Xim. De vuestro labio altanero
desprecio el comun estilo;
y vuestra indocil soberbia
trueca en ódio mi cariño.
Despojo mio es la esclava,
y à que me obedezca aspiro;
que de una muger no sufro
un orgullo tan altivo.
Soldados, llevadla, ò muera.
Alons. ¿Què barbaro desvario
es este? Su honor defiendo.
Ninguno sea atrevido
de ofenderla; esta victoria
sè quanto te ha envanecido;
pero no venciste tú;
mis soldados han vencido.
Sè que aprovechando el golpe
sublevar has pretendido
todo el campo contra mi,
con el malvado designio
de hacerte Señor de quanto
hemos hasta aqui adquirido;
pero te engañas; no son
los Portugueses invictos
desleales como tù.
A esta conquista conmigo
vinieron, y siempre fieles
de su Monarca al servicio,
à mis ordenes dispuestos
los tendrás por enemigos.
Vuelve en ti, Ximenez; mira
que te quiero por mi amigo,
y en prueba de ello, perdono
tus reiterados delirios.
Xim. Me perdonas? ¿Què pronuncias?
En ti à mi Rey no examino:
y de decidir las quexas
que has renovado tu mismo
solo es el medio la espada.
Alons. Yo admitiera el desafio;
pero de privadas sañas
no es este tiempo; ea idos.
Blanc. ¿Cómo rehusas, hermano,
admitir el duelo? Admiro
que con la espada no quieras
dar à este traidor castigo.
Alons. El prudente Caballero
debe de tiempos y sitios
distinguir, segun los casos.
Dexar puede su honor limpio
en qualquiera el que està libre:
pero el que comprometido
està à servir à su Rey
en un grado como el mio,
pos-

posponer debe su agravio
por preferir el servicio
de su Monarca. Ximenez
sino observa este principio
será por mi castigado
en nombre de nuestro invicto
Soberano, como reo
que su respeto ha ofendido.
Y quando el baston arrime,
y no estè ya à cargo mio
empresa alguna, mi espada
le dará el justo castigo.

Xim. En publico y en secreto
siempre cumplir he sabido
mi obligacion. Ya veremos
quien tiene mejor partido
en el exercito; y luego
que estemos restituidos
al Brasil, te acordarás
de que en publico te he dicho
vil, cobarde, pues que temes
probar de mi acero el filo. *vas.*

Blanc. Manda al punto que le prendan,
y castiga à ese atrevido.

Alons. No es tiempo; el desprecio humille
un corazon tan altivo.
No quiero que su despecho
le conduzca à un precipicio,
sino que conozca el yerro,
y se indulte del delito.

Delm. ¡Oh alma sin igual! ¡Oh pecho
noble, generoso y pio!
Señora, yo me complazco
de que al Cielo hayais debido
tal hermano. En vuestra sangre,
y en vos encontrar confio
igual piedad. Soy esclava,
compadeced mi destino,
segura de que conozco
mi obligacion de serviros.

Blanc. ¿Quien es esta?

Alons. Esta es Delmira,
americano prodigio,
y en todo amable.

Blanc. Pues cómo?
¿Amable te ha parecido
una rustica muger
que entre bosques ha nacido?
De un Caballero no debe
ser tenida por prodigio.

Alons. Su corazon no conoces.

Blanc. Sea docil ò benigno
¿què importará, si de vil
origen tiene el principio?
La sangre es la que se estima.
La beldad de la que en riscos
nace, no debe apreciarse;
pues su rostro peregrino
no ha ennoblecido su sangre.
Con razon me maravillo,
hermano, de que una esclava
pueda rendir tu alvedrio.

Alons. A sus nobles sentimientos
ese trato no es debido.

Delm. ¿Puedo hablar? *Humilde.*

Blanc. Habla: ¿què quieres
decir?

Delm. Que el haber nacido
con nobleza entre vosotros
lo teneis por exquisito
don de la naturaleza;
pero tambien he entendido
que el que abusa de este don
con orgullo, ò genio altivo,
contra la naturaleza
comete un atroz delito.

Blanc. ¿Tú tan osada respondes?
Dime, esclava, ¿has conocido
con quien hablas?

Delm. Si, Señora,
que me perdoneis os pido:
vos habeis de ilustre sangre,

y en pueblo culto nacido
acoſtumbrada à mandar
deſde los tiernos principios
de vueſtra edad: los honores,
los criados mas ſumiſos,
los regalos y riquezas
à competencia ſe han viſto
cercaros entre liſonjas
para honraros y ſerviros.
Deſpues entre mil placeres,
entre galas y bullicios,
habeis viſto à vueſtros pies
como holocauſtos preciſos
reverentes gratitudes,
ponderados ſacrificios.
Pero confeſar debeis
que en medio de eſte lucido
y magnifico aparato,
la envidia, guſano activo,
y el deſpecho deſtrozaban
vueſtro corazon altivo
viendo otros en mayor grado
que el vueſtro. En eſtos ſombrios
y eſpeſos boſques, en donde
noſotros no diſtinguimos
de grados, ni de nobleza,
ſolamente es preferido
el que en virtud ſe adelanta.
Y pues no he deſmerecido
por mis obras vueſtro aprecio,
que me honreis mas, os ſuplico;
que el nacer noble ò humilde
no es merito, ni es delito.

Blanc. ¿Tal diſcurre una muger
criada en aqueſtos riſcos?

Alonſ. A todo viviente iluſtra
la razon. Se ha diſtinguido
en Delmira, como obſervas;
y el trato nueſtro ha podido
cultivando mas ſus luces
aumentar ſu raciocinio.

Blanc. Delmira, eres acrehedora
ſin duda al aprecio mio.
Libre exerce tu virtud,
pero no tengas deſignios
temerarios; no me ofendo
de la paſion que eſe indigno
Ximenez te ha declarado;
pero tendrás entendido
que no ha de ſer rival mia
una eſclava, ni es debido
que arda en amor vergonzoſo
mi hermano, ſegun dá indicios,
por una muger humilde.
De los limites preciſos
de tu obligacion no excedas,
y eſpera en el amor mio.

Vaſe con parte de acompañamiento.

Delm. ¿Son vueſtras mugeres todas
de un corazon tan benigno?

Alonſ. Hay notable diferencia
en ſus genios y caprichos;
te confieſo que mi hermana
tiene dominante eſtilo.

Sale Antonino apreſurado.

Ant. Ay, Señor! Socorred preſto
dos eſclavos deſvalidos,
en quienes ceba ſu ira
con crueldad Don Dioniſio.

Delm. Ay de mi! ¿Cómo ſe llaman?

Ant. Camur y Zadir.

Delm. ¡Què he oído!
Solo vos podeis librarlos;
mirad, Señor, mi conflicto.

Alonſ. Si lo harè, Delmira; voy
à ſacarlos del peligro.
A tu padre verás libre;
ſerè tambien compaſivo
con mi contrario y tu amante:
conoce aſi que te eſtimo.

Vaſe con Antonino y ſoldados.

Delm. Delmira, infeliz Delmira,
que

¡què desgraciada has nacido!
Podrás demostrarte ingrata
à un pecho tan noble y fino?
Si, que el honor y virtud
piden este sacrificio;
y este esforzado guerrero
es tan generoso y pio
que amará mi ingratitud,
viendo que si me resisto
à su amor es por cumplir
el mandamiento preciso
de mi deber. Justo Cielo,
pues pagar me es prohibido
tanto amor, à sus virtudes
dad el premio merecido.

ACTO QUARTO.

Selva con tienda de campaña, y en ella sentado Ximenez; Naradir, Camur, Zadir, è Indios encadenados: un brasero de lumbre rodeado de tenazas.

Nar. Ah, Señor! Tened piedad;
moderense los tormentos
que preparais à estos tristes:
el horrible atroz decreto
de que sus carnes arranquen
con estos ardientes yerros
revocad. Su vida acaben
à vuestro templado acero.

Xim. Ese orador importuno
sufra tambien el tormento
que destino à esos malvados,
sirva igualmente de exemplo.

Le aseguran.

Nar. ¿Adonde estás, Don Alonso,
que al Dios de los Europeos
llamas fuente de la paz,
y de la justicia centro?
¡Oh, no conoceis vosotros
al recto numen supremo
de la gran naturaleza!
O que no temeis comprendo
el rayo que está en su mano;
porque no puede ser cierto
que conozcais su justicia,
y que no temais su efecto.

Salen Don Alonso, Antonino y Soldados.

Alons. ¿Cómo haces tal sacrificio
contra mi consentimiento?
La causa de estos salvages
se ha de ver en el consejo
de guerra, que es el que tiene
la facultad, que en vos niego.
Soldados, cese el estrago.

Xim. Tal ultrage no tolero
à presencia de las tropas.
Yo quitar la vida puedo
à estos viles, porque basta
mi voluntad para hacerlo.
En el respeto me ofenden
quien se opone à mis preceptos.
Y si es necesario, el mando
de las armas que ya tengo,
pues me le han dado las tropas,
emplearè con vos mesmo.
Y pues antes de cobarde,
no me admitisteis el duelo,
entre los dos se dividan
uuestros valientes guerreros,
y prevalezca el partido
que consiga el vencimiento.

Levantase tirando de la espada.

Unos. Viva Don Dionisio.

Otros. Viva
Don Alonso Gefe nuestro.

Divididos en vandos.

Alons. Suspended la accion, amigos,
pues la paz preferir debo.

Nues-

Nuestras contiendas decida
Saca un pliego.
este augusto real decreto.
Y tu, imprudente Ximenez,
sabe para tu despecho
el poder que me confia
mi Rey; oye su precepto.
Dasele à Antonino.
Leed; porque todos vean
à quien han de estar sugetos.
Lee Ant. „ Siendo mi real animo
„ que desde mis establecimien-
„ tos del Brasil pasen Don Alon-
„ so de Sousa, y Don Dionisio
„ Ximenez al descubrimiento
„ de la Provincia de la Guaya-
„ na, y otras tierras hasta aho-
„ ra incognitas, con el cuerpo
„ de tropas, que he confiado
„ à su valor y experiencia mili-
„ tar, mando que estè à car-
„ go de los dos su gobierno y
„ comando, igualmente que la
„ direccion de la empresa y
„ y conquistas que tubieren por
„ convenientes de unanime con-
„ sejo Pero es mi real volun-
„ tad, que en caso de desave-
„ nencia entre estos dos Gefes
„ militares, por qualquier pre-
„ texto que sea, deba quedar
„ subordinado el exercito total-
„ mente à solo las ordenes de
„ Don Alonso de Sousa, quien
„ por su grado, valor y pruden-
„ cia merece esta mayor con-
„ fianza. Bien entendido que el
„ mismo Don Dionisio Xime-
„ nez, como todos mis Oficia-
„ les y Soldados quedarán su-
„ getos à las ordenes de Don
„ Alonso, en el acto mismo en
„ que se lea esta real orden; con
„ la circunstancia que quien à
„ ella se oponga, ò reuse obe-
„ decerla, deba ser tratado co-
„ mo traydor à mi corona. Yo
el Rey. *Se le vuelve.*
Xim. ¿Porque hasta ahora callaste?
(como de rubor no muero!)
¿Porque ocultaste esta orden?
Alons. Por observar à que extremo
podia llegar tu orgullo.
De esta conquista el empeño
solo à mi se me encargó.
Pero à tu honor atendiendo
solicitè te nombrase
el Rey por mi compañero
en esta empresa; y pensando
que tal vez tu indocil genio
te guiase à un precipicio,
para contener tu exceso
me resguardè con esta orden
que debi à mi Rèy supremo.
Ya de arrancar de mi lado
à un seductor llegó el tiempo.
Pasan todos al lado de Don Alonso.
Soldados, ya habeis oìdo
de vuestro Rey el decreto.
Hagase saber por vando,
y quede al punto depuesto,
y aun arrestado Ximenez,
que en nombre del Rey lo or-
deno.
Xim. Pues mi Monarca lo manda,
yo me rindo à su precepto.
Pero explicarè algun dia
contigo mi sentimiento.
Alons. Si, bien puedes desfogarte,
ese alivio te concedo;
que fuera agraviarme à mi
aumentar tu abatimiento.
A esos hombres miserables
separad de ese sangriento

ſuplicio; pero toleren
de las cadenas el peſo.
Libertad à Naradir,
pues no es complice con ellos.
Y à ti baxo tu palabra *à Xim.*
y ſin armas, te diſpenſo
que eſtès libre, porque puedas
dando al ayre tus lamentos,
à eſtimulos de tu honor,
lograr tu arrepentimiento.

Vaſe con ſoldados que quitan el braſero.

Xim. ¡Què ineſperada deſgracia!
Ah ſimulado, ah perverſo
Don Alonſo!

Nar Bien os dixe:
con todos es uno meſmo
el numen; y en vos el fruto
de ſu rectitud obſervo. *vaſe.*

Zad. Mirame, que vivo eſtoy
y à mi venganza diſpueſto.
¡Pero què es eſto què miro!
Un puñal hay en el ſuelo,
que ſin duda ſe ha caìdo
à algun ſoldado. Y pues puedo
ya que Schichirat eſtá
à Don Alonſo ſirviendo
valerme de èl, de mis dos
enemigos ſaldrè preſto.

Vaſe cogiendo el puñal.

Cam. ¡Para terminar mis dias
me preparabas tormentos!
Nos llamais irracionales,
pero tu eres monſtruo horrendo
mas que todos, pues ignoras
de la humanidad los fueros. *vaſ.*

Xim. Teneis razon, inſultadme,
que acrehedor ſoy al deſprecio.
¡En què eſtado llego à verme!
¡Què es lo que en eſte momento
he perdido! Grado, honor
y aplauſos; un indiſcreto
amor me ha precipitado.
Ahora, engaño, te comprendo
quando el alma me deſtrozan
crueles remordimientos.
El amor que me inflamaba
era un amor deshoneſto.
Para vencer à Delmira
ſu engaño intenté; ofreciendo
que le daria la mano,
y ya de eſte engaño el Cielo
toma en mi el juſto caſtigo.
Por mi ultrajado el reſpeto
de Doña Blanca, me mira
con encono, horror y tedio.
Su hermano de mi ofendido
me ha hecho deſpreciable objeto
para el exercito todo.
Mi honor perdido lamento;
¿què dirán en el Braſil
mis amigos? Mis opueſtos
¡cómo contra mi hablarán
llenandome de improperios!
¡Què ſe penſará en la Corte!
Portugal, el Orbe entero,
¡què ſentirá de mi ultrage!
Miſero de mi! pues veo
que tranſcenderá mi infamia
à los ſiglos venideros.
Nada à mi mis aſcendientes
me deben; yo à mis abuelos
debo honor, luſtre y nobleza
que han manchado mis exceſos.
Venganza contra mi pide
mi familia; y el remedio
para ocurrir à eſtos daños
ſolo en la virtud le encuentro.
Ah! ¡bella virtud, del alma
dulce prenda! inflama preſto
eſte infeliz corazon,
deſtruye mis penſamientos,
y haciendo morada tuya

la que ocupaba en mi pecho
la maldad, à tus influxos
forma de mi un hombre nuevo,
paraque compruebe el mundo
que los eſtraños ſuceſos
cambian las naturalezas
quando ofrecen eſcarmientos. *va.*

Sala de la habitacion de Don Alonſo.
Sale Schichirat con una botella.

Schi. Ahora que nadie me vè
apurar el vino intento. *bebe.*
Calientes tengo los caſcos,
y me va llamando el ſueño.
En bebiendo otro poquito
dormir grandemente eſpero.
¡Ah iluſtres poſehedores
de licor tan dulce y bello!
Del dia en que aqui llegaſteis
bendito ſea el momento;
y Zadir me ha inſtado mucho
paraque à mis manos muerto
ſea à traícion Don Alonſo;
quando à ſer el univerſo
mio, ſe le diera todo
por un licor tan perfecto.
Los Europeos ſe alegran
en llevarſe el oro nueſtro,
y yo con ſu dulce vino
mejor mina he deſcubierto.
Ola, ola, que parece
que de alegre baila el ſuelo;
pero no, yo ſoy quien bailo
por la alegria que ſiento.
La viſta ſe me ha turbado,
malo! ¿Si quedarè ciego?
Mas como à la boca acierte
à obſcuras, no me detengo
en beber un poco mas
por ver otro poco menos.
Sale Roſ. Alli eſtá Schichirat ſolo;
y eſtá borracho: me alegro,
pues cortandole la barba
le darè un chaſco eſtupendo,
porque es entre eſtos ſalvages
la coſa de mas aprecio.
Schi. Ya queda poco, bebamos,
que deſpues deſcanſarèmos.
Roſ. Amigo, ¿cómo te va?
Schi. Grandemente.
Roſ Buen provecho.
Schi. ¿Quieres beber?
Roſ. No.
Schi. Yo ſi;
pero ay de mi! ¡Què es aqueſto!
¡Què deſventura es la mia!
Roſ. ¿De què te quexas?
Schi. Me quexo
de que ſe ha acabado el vino
quando es mas la ſed que tengo.
Roſ. ¿Quieres que yo te dè mas?
Schi. Decir que no, fuera yerro.
Roſ. Pues ſi te dexas cortar
la barba, yo te prometo
un gran barril.
Schi. Eſo no.
Muger, ¿has perdido el ſeſo?
¡Cortar la barba! Ni el Sol
tiene poder para hacerlo.
¡Pobre barbita! Yo juro
ſe guarde de tus deſeos,
Saca el puñal.
y ſi quitarmela intentas
te darè muerte al momento.
Roſ. ¿Puñal tienes eſcondido?
Yo te acuſarè.
Schi. Lo aprecio;
yo te quitarè el trabaxo:
Dando golpes al ayre y traſpies.
ya cayó.
Roſ. ¡Pobre pellejo!
Schichirat era burla,
tu amiga ſoy.

Schi. Bueno es esto!
¿Què no te he muerto?
Rof. No, tonto.
Schi. Pues traeme el barril corriendo.
Rof. Te lo traerè; pero dime
¿paraque traes encubierto
ese puñal?
Schi. Para hacer
una cosa; yo me entiendo.
Rof. ¿Quieres dar la muerte à alguno?
Schi. Como que quiero y no quiero.
Rof. Declarate.
Schi. A una muger
no descubro mis secretos.
Rof. ¿Y si lo adivino?
Schi. Si,
confesartelo prometo.
Rof. Pues tu eres nuestro enemigo.
Schi. Vuestro enemigo teniendo
el vino en vuestro poder
de quien soy amante tierno?
Alonso tiene buen vino,
Alonso es hombre guerrero,
matar yo à Alonso, eso no,
aunque Zadir lo ha dispuesto.
Rof. Luego Zadir solicita
que Schichirat pase el pecho
de Don Alonso?
Schi. Ola, ola,
¿pues quien te ha informado de ello?
Rof. Mira si lo he adivinado.
Schi. Dexame, que tengo sueño;
voy à dormir; buenas noches.
Rof. Ya te irás, dime primero
como Zadir ha fiado
de tu mano tanto empeño;
apuremos la traicion. *ap.*
Schi. Como me guardes secreto
te lo dirè.
Rof. De mi fia.
Schi ¿Viene alguno?
Rof. A nadie veo.
Schi. Zadir me llamó y decia,
mi esposa... Y yo muy contento
à mi botella besaba,
mientras rabiaba èl de zelos.
Rof. Pero ¿quièn te dió el puñal?
Schi. Este puñal, Zadir: cierto
verterá Alonso su sangre.
Quien le volviera pellejo!
Rof. ¿Y has de atreverte à matarle?
Schi. Tendrè valor si antes bebo,
y aun para echarme à dormir
con gusto en el duro suelo. *Echase*
Rof. Apenas acierta à hablar.
Schi. Duerme, tu, dulce embeleso,
duerme, tu, botella mia.
Rof. No tardarás tu en hacerlo.
Darè aviso à mi Señor
de su inesperado riesgo,
llevandole este puñal,
pues ya está rendido al sueño
Schichirat; cómo ronca!
El pobre está como un cuero.
Ya se le quitè: y ahora
dispondrè que con gran tiento
lo quiten de aqui, y le lleven
à mas reservado puesto
en donde con mis tixeras
harè oficio de barbero.
Salen Soldados.
Ola, amigos, este bruto
se ha puesto como un tudesco
de vino, y está dormido:
sacadle al bosque al momento.
Se le llevan.
Vaya que ha de ser la burla
graciosa à lo que comprendo. *vas.*
Sale Doña Blanca.
Blanc. Aqui, donde solo puede es-

escuchar mis sentimientos
el ayre de mis suspiros,
quexate, amor, del perverso
Ximenez, que asi ha podido
causarte mal tan inmenso.
Ay de mi! Que aunque à las gentes
demuestre que le aborrezco,
todavia el corazon
le reconoce su dueño.
¡Pero como yo he de amar
à tan detestable reo!
Si, que mi pasion excede
los limites de sus yerros.
Pero no conozca el mundo
que à hombre tan infame aprecio;
desmienta con el semblante
el volcan que encierra el pecho.
Pero ay triste! hàcia aqui viene,
huirè de èl... pero no puedo,
que mis plantas se entorpecen
por los grillos del afecto.
Què me dirà? Si està acaso
arrepentido, resuelvo...
¿Pero què he de resolver
que no sea hacer mas fiero
su mal, y con mis baldones
aumentar su atrevimiento?

Sale Ximenez.

Xim. Dueño mio, Blanca hermosa.
Blanc. Ingrato, tienes aliento
de nombrarme?
Xim. Bien decis;
pues vuestro amor no merezco.
Blanc. Nunca le habeis merecido.
Xim. Sè que antes que mis defectos
me hubiesen precipitado,
fui digno de vuestro afecto.
Considerad, Doña Blanca,
que à vuestros ojos me ofrezco
lleno de rubor el rostro.
Señora, tomad exemplo
del Cielo, que nunca le halla
sordo el arrepentimiento.
Y si en la tierra los Reyes
perdonan tambien al reo,
vos, que habeis sido, que sois
de mi vida y amor dueño,
perdonadme, è imitad
à los Monarcas y al Cielo.
Blanc. No con el Olimpo midas
nuestros afectos terrenos,
que el Cielo es todo piedad.
Puede el arrepentimiento
aplacar tal vez al Rey.
Mas virtud sea, ù defecto
este que mi pecho enciende,
escuchar la voz no quiero
de monstruo tan atrevido,
de hombre tan ingrato y fiero;
antes bien, à mandar yo
en estos bosques espesos,
à los perfidos sirviera
tu vida de triste exemplo.
Xim. Mi vida està en vuestra mano;
vuestro hermano ha descubierto
un arcano contra mi.
En el orden de mi excelso
Monarca haced que me mate
si gustais. Pero yo espero
que os apiadeis de un honor
que serà mofa del tiempo.
Blanc. Conozco que es tu interès,
y no el amor ni el respeto
el que à mis plantas te guia.
Yo instarè (te lo prometo)
à mi hermano porque aumente
su rigor en un protervo.
Xim. ¿Cómo puede tal fiereza
alimentarse en tu pecho?
Muger que lleva la idea
de lo dulce y alagueño
en su rostro; que en sus ojos
amor

amor reſide de aſiento
ha de ſer inexorable
à mis reiterados ruegos?
La piedad conſtitutiva
prenda de tu hermoſo ſexo,
¿puede faltar oy de ti
para aumentar mi deſpecho?
Si no puedo como eſpoſo
exigir de ti el conſuelo
que neceſito, ya eſtoy
como eſclavo à tus pies pueſto,
que eſta accion no es indecen-
cia,
es ſolo amor y reſpeto.

Blanc. Què bien parece un infiel *ap.*
arrepentido, y ſugeto
à pedir perdon poſtrado!

Xim. ¿No me reſpondes? ¿Què es
eſto?
Baſte verme caſtigado
por la verguenza que ſiento.

Blanc. ¿Verguenza es verte à mis
pies?

Xim. No; pues por mirar ſereno
tu roſtro, me humillarè
al mas abatido extremo.

Blanc. Alzate.

Xim. ¿Eſtoy perdonado?

Blanc. Alzate. *Con imperio.*

Xim. Ya te obedezco.

Blanc. Indigno eres de perdon.

Xim. ¿Quieres que muera?

Blanc. Lo anhelo,
aunque mi piedad lo culpe.

Xim Juzgo que confiar puedo. *ap.*

Blanc. A mi deſpecho le amo:
oh amor, ¡què grande es tu im-
perio! *ap.*

Sale Don Alonſo con Soldados.

Alonſ. Hermana, ¿què haces à ſolas
con eſe enemigo nueſtro?

Blanc. No olvides tu obligacion,
que de la mia me acuerdo.

Xim. Vueſtro encono es el camino
que me guia al mauſoleo.

Blanc. Si, mi odio es implacable.
No, que mi amor es inmenſo.

Alonſ. Aunque refrenè tu orgullo
de tu deſtino no quiero
diſponer. A levar anclas
un baxel eſtá diſpueſto;
ſea el Virey del Braſil
quien te juzgue juſticiero.

Xim. Ay de mi!

Blanc. Si al Braſil va, *ap.*
ſe pierde. Aſi lo remedio.
Pues ſi tu en eſtas conquiſtas
tienes poder tan inmenſo,
¿cómo intentas à otro juez
remitir tan feroz reo,
donde ſus falacias puedan
dar colorido à ſus yerros?
Yo no debo permitir,
pues ſus ofenſas tolero;
que aqui no ſe le caſtigue,
ſi aqui ſufri ſus deſprecios.

Alonſ. ¿Un particular agravio
tanto puede enfureceros?

Blanc. No comprendes la venganza
en que ſe intereſa el pecho.

Alonſ. Parta la nave, y Ximenez
quede en Guayana.

Se va un ſoldado.

Blanc. Me has hecho
un gran placer, pero quede
encadenado el perverſo.

Xim. Cruel! tu encono ſe aumenta
por puntos, ¿el verme pueſto
à tus pies, el confeſarte
mis culpas, de rubor lleno,
y el implorar tu piedad
no han ablandado tu pecho?

Reo

Reo soy; pero mas crimen
es que uses tu altivo genio
con un infeliz, que en prueba
de ser su arrepentimiento
constante, dice te adora,
y ofrece à tus pies su cuello. *vase.*

Alonf. Seguidle.

Vanse algunos soldados.

Blanc. No me confio:
en vano espera el protervo
mi piedad; serè su guarda *ap.*
vigilante. Amado dueño,
felice tu si yo soy
la que tu causa sentencio. *vase.*

Alonf. Equivoco es tal rigor.
Conozco à mi hermana, y veo
que sugeta à dos pasiones,
està batallando à un tiempo
con ira y amor; y juzgo
que ha de vencer el afecto.

Sale Delmira.

Delm. Cargada de nuevas gracias,
con nueva obligacion vengo
à postrarme à vuestros pies.
De vos la vida obtuvieron
mi padre y Zadir, y unidos
piden conmigo à los Cielos
que aseguren vuestras dichas
para bien del universo.

Alonf. De tu ruego me complazco
por ser, Delmira, sincero.
Pero lo que me pudiera
ofrecer mayor contento
en el mundo, fuera solo
la inclinacion de tu afecto.

Delm. Señor, no me atormenteis;
conozco el favor que os debo;
mas confesarè; os amára
con gusto, pero no puedo;
que mi obligacion me grita,
y està mi fé de por medio.
Tiene la naturaleza
con orden solo dispuesto,
que sea un atroz delito
acrecentar el tormento
del infeliz, con quitarle
de la esperanza el consuelo.
Solo mi amor es la dicha;
que à Zadir ofrece aliento
en sus desgracias; no es justo
le usurpe bien tan pequeño.

Alonf. No soy tan fiero y tirano
que atropelle unos respetos
tan dignos en ti de aplausos.
Pero saber apetezco
para alivio, si me amáras
estando capaz de hacerlo.

Delm. ¿Cómo podrè yo negarlo,
quando tan dulce y atento
me amais? No es mi corazon
obstinadamente ciego.
Si mi padre lo permite,
y si Zadir del empeño
contraìdo me liberta;
como despotico dueño
podreis mandar en mi fé,
y disponer de mi afecto.

Alonf. Veamos si penetrados
de beneficios, les debo
que cediendome tu mano
me ofrezcan el bien que anhelo.
Por mi la vida disfrutan,
disfruten el bien inmenso
de la libertad, y rompan
de la esclavitud los yerros.
Si Camur vivir prefiere
contigo, goze su afecto
à mi lado de mi amor,
y al tuyo de tu respeto.
Sea mi amigo Zadir,
haga felices sus deudos
por mi amistad; y por ti
res-

respire tu patrio ſuelo.
Que de todas eſtas gracias
ſolo procuro por premio
tu mano, deſpues que admitas
la religion que profeſo.
Vengan Camur y Zadir,
que quando ſean tan fieros
que me nieguen mis venturas,
ſabrè vencerme à mi meſmo.

Sale Roſa apreſurada.

Alonſ. ¿Què traes aqui?
Roſ. Oìd, Señor,
que ſolo à buſcaros vengo
para poder informaros
de un reſervado ſecreto.
Alonſ. Dexame ahora, traed
à Camur y Zadir luego
quitandoles las cadenas.
Roſ. Señor, ved antes de hacerlo...
mirad antes de librarlos...
Alonſ. Calla y vete.
Roſ. Ved que à eſto
me obliga de vueſtra vida
amable el cercano rieſgo.
Zadir intenta mataros
à traìcion, agradeciendo
aſi la vida que os debe.
Se valió para eſte intento
del barbaro Schichirat,
que embriagado, el ſecreto
me confió, y no lo hiciera
à buen ſeguro à eſtar cuerdo.
Eſte puñal, que yo pude
quitarle, rendido al ſueño,
ſe le dió Zadir, con orden
de que efectuaſe el proyecto.
Y pues la traìcion ſabeis
ya deſcanſa libre el pecho.
Delm. Ah, traidor, Zadir!
Alonſ. Delmira,
eſte es el amante honeſto
à quien tu fé conſervabas
con tan heroicos empeños?
Queden los dos en priſiones,
formenſe las tropas luego, *à Ant.*
y conduzcanſe à mi viſta
ſin mas dilacion los reos;
y tu en crimen tan horrible *à Del.*
conſulta con eſte acero

Dale el puñal.

à tu corazon, y advierte
mis preciſos ſentimientos.

Vaſe con ſoldados.

Delm. Triſte de mi!
Ant. ¿Donde queda
Schichirat?
Roſ. Hecho un cuero
en eſe boſque vecino;
y paraque en conocerlo
no dudeis, es un ſalvage
que eſtá ſin barbas.
Ant. No entiendo
como puede ſer, pues todos
las conſervan con eſmero.
Roſ. Porque mientras él dormia
le he rapado con gran tiento. *vaſ.*
Ant. Raro capricho! Eſta ſeña
nos aſegura el prenderlo.

Vaſe con los ſoldados.

Delm. Ay de mi! Zadir traidor!
¿Si eſtará en crimen tan feo
incluſo tambien mi padre?
No pienſa aſi, no lo creo.
Zadir ſolo, ſi, es capaz
de delito tan horrendo.
¿Y yo à un alma tan ingrata
he mantenido en mi pecho
fidelidad tan exacta?
Bien hice; no me arrepiento.
Pero ya es de mi fé indigno,
y aun eſte inhumano yerro
gritando eſtá mudamente,
que

que guardarsela no debo.
Amar me aconseja à aquel
que es de las verdades centro.
Pero ay! que es muy sospechosa
la voz interior que siento,
y temo no se distinga
si es venganza, ò es afecto.
Dudo... me irrito... vacilo.
¿Què quieres decirme, acero?
¿Y que quiso Don Alonso
que hablase en sus sentimientos
con mi corazon? Yo juzgo
que si con él me aconsejo
aborrecerè à Zadir,
y amarè à quien amar quiero.
Què digo! No me abandone
à los contrarios extremos
de odio y amor; porque pueden
engañarme lisongeros.
Aconsegeme mi padre.
Y en conflicto tan estrecho
para vencer mis pasiones
deme su socorro el Cielo.

ACTO QUINTO.

Bosque. Schichirat durmiendo; va dispertando, echa mano à la botella, no la halla, se levanta y executa lo que dicen los versos.

Schi. Ola, ola, mi botella
parece corrió borrasca.
Estoy dormido, ò despierto?
¿Pero que se ha hecho mi barba?
Yo ando, yo hablo, discurro,
y oigo mis propias palabras:
luego no duermo. Ay de mi!
Yo desbarbado! Ah malvada
Rosa! Que sin duda has sido
quien me ha rapado la cara!
Quando me quedè dormido
con la dulce y delicada
bebida, me hizo sin duda
una burla tan pesada
¿Pero quien me ha traido aqui?
Quando yo bebiendo estaba
era en un sitio cubierto.
à la Europea; ¡què estrañas
ideas que finge el sueño!
Dormido estoy; cosa es clara,
y luego que me despierte
sin duda hallarè mis barbas.
Si durmiera no hablaria;
si, que soñando se trata
de lo que se hace de dia;
pero si siento que abrasa
el Sol, el sitio conozco,
y quando tiento mi cara
la hallo pelada; què dudo?
Despierto estoy; oh que infamia
será el presentarme à todos
desbarbado; será rara
la burla que hagan de mi
mis paisanos; las montañas
me ocultarán de su vista.
Y si mi mano afianza
à Rosa, la matarè
tomando justa venganza
con este puñal... Tambien
me lo quitó la taimada.
Mundo, de ti me retiro:
vino, tu ausencia me mata:
y pues el estar rapado
de ti à mi pesar me aparta,
te juro solemnemente
que no he de probar el agua.
Ay de mi! que viene gente;
¿donde esconderè mi cara?
Pero pues huir no puedo,
seràn mis manos su guarda.

Tapase la cara con las manos. Sale Antonino con Soldados por varias partes.

Ant. ¿Quien eres? ¿Porque te cubres?
Schi. Tengo un dolor que me mata de muelas.
Ant. Baxa esas manos.
Schi. Antes las mire cortadas.
Ant. Descubridle.
Schi Ten piedad,
y haz me maten à patadas,
antes de mirarme el rostro.
Descubrenle.
Ant. Infame, ¿asi procurabas
ocultarte? Este es, amigos,
atadle muy bien, y vaya
ese traidor desbarbado
à saber lo que le aguarda.
Schi. No me llames desbarbado,
y llamame mala casta,
ladron, infame y malvado.
Ah Rosa! ¡Quien te pillára!
Ah Rosa! Ah maldita Rosa!

Sale Rosa.

Ros. ¿Quièn asi à voces me llama?
Schi. ¿Quièn quisiera en recompensa
hacerte tantas tajadas
como pelos me has quitado
en mi pobrecita barba.
Ros. Asi estás mas fresco.
Ant. Vamos.
Schi. Fieras, venid y tragadla.
Llevansele.
Ros. ¡Notable impresion le ha hecho
la burla! No se quexára
mas una muger de aquellas
que su hermosura afianzan
en pintarse bien el rostro,
al mirarse mal pintada.

Campamento de tiendas: al centro la de Don Alonso sentado en ella. Tropa sobre las armas al son de marcha triste; sacan encadenados à Camur, Zadir, Naradir y otros Indios.

Alons. Pueblo Americano, escucha;
y pues me das tantas causas
tiembla, que va tu castigo
envuelto entre mis palabras.
Tu furor te ha sido inutil,
pues obstinado batallas
contra el humilde destino
que te han impuesto mis armas.
Nuestro continuo desvelo
es difundir la enseñanza
por solo el interès vuestro
de nuestra ley sacrosanta;
y asi, luego que pisamos
vuestras areniscas playas,
de benignidad os dimos
evidentes pruebas claras.
La paz abracè, dexando
que todos la disfrutàran
por vencer con el agrado
lo que pude con la espada.
Yo quitè de vuestros pies
las cadenas, porque hallàra
vuestra libertad perdida
consuelo con esta gracia.
Pero vosotros, ingratos
à benignidades tantas,
nos asaltais de improviso
con faccion premeditada,
y quando este nuevo insulto
deberia de mi saña
haceros ver el efecto

ven-

vencidos en la campaña,
vuelvo à acordaros las vidas
con piedad inusitada.
Digalo el infiel iniquo,
que quando à sufrir llegaba
la sentencia de su muerte
halló en mi quien le amparàra.
Digalo, si es que respira
al mirar ya declarada
su traícion; pues à mi vida
por vil medio amenazaba.
Si de la naturaleza
ultraja, ofende y quebranta
los derechos el rencor,
la justicia en su balanza
proporcione los castigos,
y no llegue à ser venganza.
Y pues ya se ha examinado
en el consejo la causa
del pasado rebelion,
y por mi està confirmada
su sentencia, resignados,
prevenios à escucharla.
Los menos culpados sufran
esas cadenas que arrastran;
y los principales reos
la muerte que les aguarda.
Y sirviendo asi de exemplo
por su maldad à su patria,
de esos aspides humanos
quedarà purificada.
Nar. Señor, ¿potque confundis
la ignorancia con la infamia?
No solo es fecunda en culpas
esta tierra, tambien se halla
entre estos bosques (creedme)
quien de la traicion se agravia.
Tambien se ama la piedad,
tambien la bondad se ensalza,
y tambien hay inocentes
que padeceràn sin causa.
Alonf. Conque ¿un general insulto,
y una traìcion concertada
son de virtud testimonios?
Si de sincerarte tratas,
sabe que à ti te castigo,
porque resulta en la causa
que supiste la invasion
en tiempo de declararla.
Todos delinquieron, todos
es justo que satisfagan.

Sale Delmira.

Delm. Pues, Señor, si es general
el castigo que à mi patria
se impone, yo debo ser
igualmente castigada.
Todos, Señor, somos reos.
Ved si acaso encontrais mancha
en mi pecho, y sino la hai,
¿porque causa, porque causa
habeis de creer que tan solo
la inocencia en mi se guarda?
¿Quereis, pues, sin distinguir
de alma inocente, ò ingrata
confundir una nacion
en el castigo y la infamia?
Naradir puede serviros
de exemplar; pues en él se hallan
pensamientos muy humanos,
el valor y la constancia.
Mi padre no està desnudo
de unas virtudes tan altas.
(Que el que el asalto callasen
no es culpa, si lo reparas,
ò es mayor delito el vuestro
de inundar nuestras campañas,
de derramar nuestra sangre
y avasallar nuestras almas.)
Y entre tantos infelices
que gimen su suerte escasa,
à examinarlos, te afirmo,

que à los menos condenarás.

Alonf. ¿Y entre tantos inocentes
porque à Zadir no feñalas?

Delm. Porque tan folo à pediros
vengo en favor de la patria,
fin que acriminar me toque
à quien vueftra ofenfa entabla.
No, Señor. Quien fuere reo
pida por fi. A mi me bafta
que del reo, è inocente
no fea igual la defgracia.

Zad. Vil muger, ya te comprendo:
en tus voces fimuladas
eftás pidiendo mi muerte.
La confeguiras, ingrata.
Pero el rubor te caftigue
que tu pecho defpedaza
al mirarme el roftro: teme
infiel, injufta y prepara
tu corazon al continuo
roedor que le amenaza.

Delm. No el remordimiento temo;
con demafiada conftancia
te he fido fiel; me averguenzo
de la fé que te guardaba,
pues la jufticia atropellas
y el buen proceder ultrajas.
Pero no por tu amor creas,
vil traidor, que afi penfaba,
sí por cumplir los preceptos
de un padre y deidad fagrada.

Zad. ¿Què traíciones me acumulas?
¿Con que delitos me infamas?
¿A què fin para perderme
vas mendigando eftas caufas?

Alonf. Ola: conducid al punto
al indio que prefo aguarda.

Vanfe Soldados.

Cam. ¿Zadir, ¿tu has fido traidor?

Zad. Si acafo es tal mi defgracia *ap.*
que Schichirat me ha vendido!

Alonf. Defmentida fu arrogancia
fe vea, por el que ha fido
complice en fus afechanzas.

Antonino, y Soldados facan à Schichirat prefo.

Schi. Señor, miradme piadofo,
reftituidme mi barba.

Alonf. ¿Quièn te dió el puñal, infame?

Schi. Protefto no hablar palabra
fi antes mis barbas no cobro.

Alonf. Pública, indigno, en voz alta
quien te dió el puñal; ò teme
que te arrancarán el alma
entre crueles tormentos.

Schi. ¿Què puñal?

Delm. Efte que eftaba
en tu poder.

Schi. Efe à mi...

Alonf. ¿Le reconoces? Declara.

Schi. Zadir me le dió.

Alonf. ¿A què fin?

Zad. Yo te dirè lo que falta.
Al de haberte afefinado;
que tu muerte procuraba,
porque habias feducido
el corazon de efta ingrata.
La accion fiè de efte infame,
creyendo que completará
mis defeos, y en tu muerte
diefe vida à mi efperanza.
Ya lo fabes; vengate,
pues el poder te acompaña.

Alonf. ¿Y tu libertad y vida
folo por mi difpenfadas
eran dignas de efe pago?

Zad. Una, y otra eran dos gracias
muy falaces; de las dos
en Delmira me privabas.
Al fuplicio me conduce;
pues fi mi muerte dilatas,

lo

lo que no he logrado ahora,
podrè conſeguir mañana.
Alonſ. A preſencia de un verdugo
moderarás tu amenaza.
A eſtos dos colgad al punto
A Zadir y Schichirat.
de un arbol. De la mas alta
peña ſean arrojados
al mar los que en la paſada
funcion tubieron mas parte.
Y los demás ſatisfagan
ſu menor culpa, ſufriendo
los yerros que los agravan.
Schi. Oh, Sol! ſi de eſta me libras,
mas que no me nazcan barbas.
Delm. Señor, piedad, que eſta pido
humilde, triſte y poſtrada.
Ind. Piedad, capitan valiente,
pues eſa virtud te enſalza.
Zad. Cobardes, Zadir no imita
eſa vergonzoſa infamia.
Cam. Zadir, tu eres delinquente,
y tu obſtinacion te arraſtra.
Alonſ. ¡Què eſpectaculo tan triſte!
Si mi clemencia reclaman, *ap.*
¿què he de hacer? Tener la que
dicta la piedad chriſtiana.
Levanta, amable muger. *à Delm.*
Levantad, que perdonadas
eſtàn todas vueſtras culpas.
¿Y porque quede fixada
en voſotros una idea
de las verdades que abraza
la religion que profeſo,
eſe hombre, que proyectaba
mi muerte, y no arrepentido
me proteſta egecutarla,
ſea el primero que goze
vida y libertad amada;
que harto caſtigo le queda,
pues en ſi lleva la infamia
de traidor que le diſtingue,
y entre todos le ſeñala;
que el valor mio deſprecia
ſus débiles amenazas.
Zad. No ſeré, traidor. Obſerva
como conſervo en el alma
ſentimientos que encubrir
pudo una paſion tirana.
A la luz de la razon
tu noble piedad me llama,
y ſi el temor de la muerte
no mi altivez humillaba,
tus reiteradas bondades
me vencen y me avaſallan.
No direis los Europeos
que entre noſotros no ſe halla
tambien parte de heroiſmo.
Quiero ſeguir tus piſadas.
Delmira queda por mi
libre de la fé jurada.
Tuya ſea; en ella goza
la ventura que anhelabas.
Alonſ. Yo accepto el don. Ya, Delmira
mia, mi afecto te llama.
Delm. Tened, Señor, que aunque ſea
tan preciſa circunſtancia
la libertad que me ha dado
Zadir, paraque pasàra
à ſer vueſtra, tambien lo es
ver ſi à mi padre le agrada.
Cam. ¿Tan indocil, tan ingrato,
hija mia, imaginabas
que podia ſer tu padre,
que obſtinado te privàra
dieſes à un heroe la mano?
Eſte lazo à la Guayana
reſtablece; y ſi haſta aqui
adoró al Sol; la enſeñanza
admitirá de una ley
que tanta piedad abraza.
Alonſ. Hijos, à vueſtra ventura
ca-

caminais. Eſpoſa amada,
tu lo ſeràs quando eſtès
inſtruida en mi ley ſanta.

Tod. Vivan Alonſo y Delmira.

Salen Doña Blanca, Ximenez y Roſa.

Blanc. ¿Què es eſto? ¿Porque os aclaman?
¿Vas à dar la mano acaſo
à eſa miſerable eſclava?
¿Aſi el honor heredado
y adquirido ofender tratas?

Alonſ. El honor de mi familia
con eſta accion ſe realza,
porque es la muger honeſta
una ineſtimable alhaja.
La humildad que en ella admiro
ſaca al orgullo ventajas.
Mi eſpoſa ſerà; y ſi tu
te ſintieres agraviada,
puedes volverte al Braſil,
pues hay naves en la playa.

Blanc. Me volverè; pero antes
pretendo quedar vengada.
Tu enemigo es Don Dioniſio,
y ſi tu no te ſeparas
de tu idea, ſerè ſuya
tan ſolo por caſtigarla.

Xim. Creo que de eſta tormenta *ap.*
ha de nacer mi bonanza.

Alonſ. Eſa reſolucion tuya
ya eſtaba premeditada
por mi. Tu fingido encono
ha encontrado el medio, hermana,
de complacer al afecto
interior en que te abraſas.
Contrario ſoy de Ximenez
por ſus defectos. No paſa
mi rencor à ſu perſona.
Y viendo tan enmendada
ſu altivez, volverle quiero
los honores porque clama.
Vuelva à ſu grado primero;
conmigo mande las armas;
ſea de nuevo mi hermano,
y ſea tu eſpoſo, Blanca.

Xim. Tanta bondad, Don Alonſo,
humilde à tus pies me arraſtra,
y de todos mis inſultos
perdon te pido à tus plantas.

Alonſ. ¿Y el deſafio?

Xim. Rendida
ſiempre has de tener mi eſpada,
con que en un hombre rendido
¿cómo has de emplear tu ſaña?
Vueſtra mano, dueño mio,
mis venturas afianza.

Blanc. Si conoceis vueſtra dicha,
ſabed, Dioniſio, eſtimarla;
pues dependiendo de mi
el que ſu honor recobràra
un capitan valeroſo,
volviendo por vueſtra fama,
quiere daros el honor,
con daros la mano Blanca.
Pero paraque otra vez,
otra ſalvage no os haga
recaer en mas delirios,
dexarèmos eſtas playas,
y al Braſil vendreis conmigo
ſin que haya en eſto tardanza.

Delm. Señora, inmobil he eſtado
oyendo vueſtras palabras,
pero perdonadme ahora
el que una pregunta os haga.
Es el arte de fingir
la ciencia mas elevada
que teneis las Europeas?
Porque ſi lo es, coſa es clara
que ſereis en eſta ciencia,
mas que todas conſumada,
y que nos reputais bien
ſal-

salvages en nuestra patria,
pues la ficcion nunca tiene
en nuestros pechos entrada.
Ros. Digo, digo, la pregunta *ap.*
no ha sido de muy salvaja.
Blanc. No gusto de responderte.
Scbi. Rosa, ¿sabes de mi barba?
Ros. Yo te la pegarè luego
con pez hirviendo.
Scbi. Me agrada;
tenga yo barbas, y sean
naturales ò pegadas.
Alons. Delmira, dame tu mano
en fé de que voluntaria
te ofreces à ser mi esposa,
despues de hacerte christiana.
Delm. Esta es mi diestra y protesto,
que aunque te està amando el alma,
la muerte hubiera sufrido
antes que mi fé faltàra
à la obligacion primera;
à no verla dispensada
por mi padre y por Zadir
en accion tan voluntaria;
que de este modo pensamos
en las rusticas estancias
de nuestras selvas; pues sabe
la naturaleza sabia
darnos la ciencia precisa
para servirla y honrarla.
Alons. Y pues el rencor ya cesa
por esta dulce alianza;
tu con tu esposo te vuelve, *á Blan.*
y respire la Guayana
suavidades por la paz,
si acaso el tema os agrada.
Todos. Logre de vuestras piedades
el indulto que reclama.

***

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó,
Impresór y Librero.